

a veces muy arduos y sobre todo, y creo que este es el mayor valor del libro, nos permite comprender la visión del mundo que tiene actualmente la élite intelectual progresista de EEUU.

Una visión muy poco crítica con las actuaciones de EEUU a lo largo de estos años de preponderancia mundial, una visión que continúa defendiendo la guerra de Irak “Además, Sadam no era simplemente un dictador más, sino un tirano que parecía sacado de la antigua Mesopotamia, comparable en opinión de muchos a Hitler o a Stalin, que escondía, o así se creía, armas de destrucción masiva. Teniendo en cuenta el 11-S —y Múnich—, la historia jamás nos hubiera perdonado el no haber actuado” (posición 556)

Una visión que, cuando acepta los errores cometidos, los acepta siempre como errores puntuales y debidos a las decisiones de dirigentes concretos, pero que rechaza cualquier crítica hacia las líneas fundamentales de la política exterior de EEUU, aun cuando en algunos pasajes parece dudar de esta visión: “Aunque Irak acabe convirtiéndose en una democracia semiestable y en un aliado implícito de Estados Unidos, el precio ha sido tan excesivo que, como muchos han observado, es francamente difícil conceder algún valor ético a lo logrado. Irak socavó uno de los componentes clave de la mentalidad de algunos: que la proyección del poder estadounidense siempre tenía un resultado moral.” (Posición 587)

Kaplan continuamente se expresa como si EE.UU. no tuvieran intereses propios, como si su única voluntad fuera el bien común y se sacrificara por él: “*la Armada y las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos patrullan los espacios de uso común en beneficio de todos*” (posición 5971). No hay ningún atisbo de autocrítica en el sentido de que EE.UU. como potencia, tiene intereses geopolíticos, estratégicos y económicos, que son los que le han llevado a las intervenciones, no ningún sentido de altruismo internacional.

Una visión por tanto, en la que podemos enmarcar esta obra, en la que se plantean las actuaciones del gobierno y el ejército estadounidenses siempre como intentos de extender la democracia y el bien, como ejemplifica este párrafo: “*Paul Wolfowitz, antiguo subsecretario del Departamento de Defensa estadounidense, actuó empujado por las mejores intenciones al abogar por la invasión de Irak, convencido de que con ello mejoraría enormemente la precaria situación de los derechos humanos, pero sus acciones condujeron justo a lo contrario de lo que se proponía.*” (Posición 648)

No se acepta nunca que el objetivo último de EEUU, como el de todas las potencias a lo largo de la historia, es mantener su preponderancia sobre el resto de estados y para ello utilizan todos los mecanismos a su alcance, incluyendo el uso masivo de la fuerza. Pese a ese claro perfil proestadounidense, el libro es un valioso intento de síntesis del pasado, de análisis del presente y de prospectiva, en un momento de evidente cambio de paradigma en el contexto internacional que pocos se atreven a intentar vislumbrar hacia donde nos lleva.

Morán, Gregorio, *El cura y los mandarines (Historia no oficial del Bosque de los Letrados). Cultura y política en España, 1962-1996.* Madrid, Akal, 2014, 826 pp.

Por Miguel Ángel Giménez Martínez
(Universidad de Castilla-La Mancha)

Es frecuente que una obra que ha intentado ser censurada despierte una gran expectación cuando finalmente consigue salir a la luz. Y eso es, precisamente, lo que ha sucedido con el último libro de Gregorio Morán, *El cura y los mandarines (Historia no oficial del Bosque de los Letrados). Cultura y política en España, 1962-1996*, que debía haber sido publicado por Planeta en los primeros días del otoño de 2014. Sin embargo, un puñado de páginas lo impidieron: las que aludían a la ejecutoria de Víctor García de la Concha, quien fuera durante años director de la Real Academia Española, uno de los

principales clientes de la casa editorial propiedad del recientemente fallecido José Manuel Lara. La mordaza de los sibilinos intereses empresariales, sin embargo, no llegó a triunfar: Morán ofreció su texto a Akal, que accedió por fin –quizá con demasiada rapidez, si se atienden a las numerosas erratas que menudean por sus páginas– a publicarlo íntegramente.

El volumen de casi ochocientas páginas que ha llegado a las librerías es producto de diez años de ímprobo trabajo y se inserta en la línea crítica “morániana” iniciada en 1979 con *Adolfo Suárez: historia de una ambición* y proseguida después con *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985* (1986), *El precio de la transición* (1991), *El maestro en el erial: Ortega y Gasset y la cultura del franquismo* (1998) y *Los españoles que dejaron de serlo* (2003). Un libro con el que su autor no pretende hacer un ejercicio de historia rigurosa, sino literatura de calidad. Y a fe que consigue ambas cosas. El periodista ovetense demuestra una vez más ser un formidable narrador, que utiliza una prosa sencilla, de precisión matemática, cuyas palabras remachan la realidad como afilados clavos. Morán desprecia expresamente los textos académicos que beben de la “Santísima Trinidad” –Tusell, De la Cierva y Tuñón de Lara–, “dios verdadero al que todo historiador o cronista debe obediencia para no caer en el oprobio de la nada”, y construye un relato basado en las confidencias de los protagonistas y en la más descarnada subjetividad de lo vivido, apenas atemperadas por las referencias a diarios y revistas de la época.

Si lo de menos es el aparato crítico y la metodología, lo demás es la habilidad para captar el ambiente, para hacer un retrato en treinta y cuatro capítulos que fija su atención en cinco momentos muy concretos. El primero, 1962, “el año de los descubrimientos”, en el que la dictadura de Franco solicitó el ingreso de España en la Comunidad Europea a la vez que perseguía a los participantes en el «Contubernio de Múnich», reprimía implacablemente las oleadas huelguísticas y se preparaba para ejecutar a Julián Grimau.

Un tiempo de crisis en el que lo viejo convivía con lo nuevo: la cultura oficial, controlada por los falangistas y el *Opus Dei*, con la clandestina, la de *Ruedo Ibérico*, el “Felipe”, los manifiestos de protesta contra la dictadura –como la “Carta de los 102” en apoyo a los mineros asturianos– y los congresos literarios en los que, más que de literatura, se hablaba de todo lo que en política estaba prohibido. El segundo, 1964, el año de los “XVV Años de Paz” y sus fastos, dirigidos por el tándem Fraga-Robles Piquer, en los que la generación que no había participado en la Guerra Civil contribuyó a sacar lustre al régimen a cambio de ocupar un espacio en el cosmos de la intelectualidad. El tercero, 1969, “el año de la gallina ciega”, del asesinato de Enrique Ruano y del estado de excepción, tiempo de tensa espera a la muerte del dictador, donde una élite llamada a heredar el futuro rompía amarras con el exilio republicano, “asignatura imposible de la cultura española”. El cuarto, 1975 y la transición a la democracia, cuando florecieron decenas de revistas teórico-políticas dirigidas por radicales (“radicales por ignorantes y presuntuosos por inseguros”), que contrastaban con la moderación social y política de la era del consenso, reflejada en ese “intelectual colectivo” llamado *El País*, convertido por las circunstancias convertirían en “diario de intereses”. El quinto y último, 1988, cénit del poder socialista, materializado en la exposición “Carlos III y la Ilustración”, símbolo de una nueva cultura oficial, complaciente, asentada y clientelar, protagonizada por esa flor y nata que había culminado ya su tránsito de las sombras de la clandestinidad a los verdes pastos del presupuesto público.

Aunque la descripción del contexto es trascendental, en la obra de Morán hay algo mucho más importante, que está condensado en ese excéntrico título tomado de Simone de Beauvoir y Wu Jingzi: el cura, los mandarines y el bosque de los letrados. El cura no es otro que Jesús Aguirre, personaje que, tras su fallecimiento en 2001 ha dejado una estela de fascinación, como bien atestigua el *Aguirre, el magnífico* (2011) de Manuel Vicent. Más que hilo conductor del relato, Aguirre es un reflejo viviente de lo que en él

se cuenta: un oscuro sacerdote santanderino, medrador incombustible, crecido al calor del nacionalcatolicismo y bajo la protección de Federico Sopeña en la iglesia de la Ciudad Universitaria; después capellán del colegio mayor César Carlos, semillero de políticos y altos cargos del Estado; luego gran aglutinador de la élite aspirante a la hegemonía cultural del postfranquismo desde su puesto de director de la editorial Taurus; más tarde director general de Música y Danza gracias a Pío Cabanillas y, por fin, duque consorte de Alba y académico de la lengua hasta convertirse en “patética caricatura” de sí mismo.

Rodean al cura los mandarines, selecta nómina en la que se encuentra el malogrado e “incómodo” Luis Martín-Santos, autor de esa “obra maestra, inasequible a académicos y a academicismos” que fue *Tiempo de silencio*. Su competidor y amigo, Juan Benet, “formador de frustrados literarios”. Camilo José Cela, “oportunista con personalidad calculadora, cínica y brillante”. Max Aub, que regresa fugazmente del exilio para encontrarse con “el hombre más importante de la inteligencia del franquismo”, Pedro Laín Entralgo, más ocupado por entonces en blanquear su azulada biografía con *Descargo de conciencia*. Carlos Barral, cuya ruina económica aparece como símil de la quiebra de “las ilusiones y hasta de las vanidades de los años sesenta”. José Luis Aranguren, verdadero referente “cuya fe estaba vinculada al compromiso frente a una sociedad injusta y represiva”. Dionisio Ridruejo, que tras su muerte pasó de “correoso conspirador a cadáver luminoso”. Vicente Aleixandre, cuyo Nobel en 1977 sirvió de homenaje a la castigada generación de la República. Jorge Semprún, “vedette del pensamiento socialdemócrata”. Manuel Sacristán, que introdujo en España la figura de Gramsci como político y como pensador y que, tras ser casi todo –falangista primero, comunista después, socialista radical más tarde, ecologista militante y activista contra un Estado represor y a favor de la libertad hasta el extremo– sufrió una “derrota vital e intelectual sin paliativos”. Javier Pradera, editorialista de *El País*, “asesor áulico” de Felipe González y “gran manipulador de voluntades desde su nada

tierna adolescencia”, que pastoreó a buena parte de esa intelectualidad antañón contestataria hasta la obediencia ovejuna al Gobierno en fechas tales como el referéndum de permanencia en la OTAN o el paro general del 14-D. Y, por supuesto, Víctor García de la Concha, quien dirigió la Academia con “ambición de poder, a secas”.

Al proceso de consolidación del mandarinato lo acompaña un espeso bosque de letrados, compuesto un millar largo de políticos, burocratas, escritores, periodistas, filósofos, periodistas, empresarios y demás actores públicos, que completan una visión desgarrada, cruel y apasionante de tres décadas de cultura española. Es cierto que puede reprochársele a Morán su excesivo gusto por el exabrupto valleinclanesco, que a menudo traspasa la frontera del insulto personal y lo impregna todo de esa amargura biliosa tan propia de sus *Sabatinas Intempestivas*. Sin embargo, el libro consigue elevarse por encima del resentimiento y ofrecer un sugerente fresco de este amplio coro de personajes cuyo fin ha sido –sigue siendo– “trepar la cucaña”, aunque el empeño les suponga dejar jirones de sí mismos por el camino. Se estará de acuerdo o no con las apreciaciones vertidas en él, pero sin duda se trata de un libro sincero, potente, trasgresor, libre de convencionalismos y con una innegable capacidad de atracción sobre el lector.

Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, Rafael, *Gabriel Morón Díaz (1896-1973): Trayectoria política de un socialista español*. Almería, Universidad de Almería, 2013, 817 pp.

Por Encarnación Barranquero Texeira
(Universidad de Málaga)

Recuerdo, hace unos años, que el profesor Rafael Quirosa comentaba, entre compañeros, que había conseguido sacar adelante un proyecto promovido por la Fundación Centro de Estudios Andaluces para investigar la figura de Gabriel Morón Díaz. Era un reto al que quería hacer frente, no como el compromiso que, a veces, se nos presenta a los historiadores, sino con verdadera satisfac-